ENTREVISTA CON MAURICIO ROSENCOF

POR

ANDREA COLVIN

El ocho de julio de 2008, tuve el placer de entrevistar al autor y activista político uruguayo Mauricio Rosencof. Había viajado a Montevideo a fin de pasar toda una semana explorando la ciudad y comprando libros pero, sobre todo, para conocer al escritor, cuyas obras forman el eje de mi proyecto de investigación actual. Muy amablemente, Rosencof, a pesar del hecho de que el día anterior había sufrido un ataque de asma que le impidió ir al trabajo, me invitó a su apartamento donde íbamos a charlar “sólo algunos minutos”. Cuando toqué a la puerta, armada con una caja de masas dulces, fui recibida como si fuera una nieta perdida. Al final, pasamos más de una hora juntos, charlando, mientras él tomaba mate. Lo que aprendí, antes que nada, es que Mauricio Rosencof, el hombre, es un personaje encantador, cuyo sentido de humor y calidez son realmente notables. Como escritor goza de gran popularidad y fama en el Uruguay, pero en los Estados Unidos, lamentablemente, ha recibido muy poca atención. Por eso, es un placer poder presentarlo al lector norteamericano, convencida que el testimonio suyo no se debe perder y que sus obras merecen ser leídas por un público más amplio.

Rosencof, quien nació en Florida, Uruguay, en el año 1933, es hijo de padres judíos bolcheviques que habían emigrado de Polonia justo antes del surgimiento del nazismo alemán. Su carrera como escritor empezó como dramaturgo en los años 60, con el estreno de *El gran Tuleque*, su primera obra de teatro. En la misma época se inició también su militancia política con la fundación de la Unión de Juventudes Comunistas, y más tarde su ingreso en el Movimiento de Liberación Nacional (MLN). Rosencof se convirtió en uno de los dirigentes de los llamados “Tupamaros”, razón por la cual en 1972 fue detenido y torturado brutalmente por los militares uruguayos. Después del golpe de Estado de 1973, fue declarado un “rehén” político, junto con ocho compañeros que eran todos líderes de los “Tupamaros”. Pasó los siguientes doce años encarcelado bajo circunstancias inimaginables, en calabozos de un metro ochenta por sesenta centímetros, sin ninguna comunicación humana, una situación en que la fantasía y los sueños se le hicieron una necesidad indispensable para sobrevivir. A

pesar del intento explícito de los militares de volver locos a los rehenes, Rosencof no perdió ni su cordura ni su amor a la vida.

Hoy le gusta contar la historia del día en que un guardia irrumpió en su calabozo, queriendo saber si él era “el escritor”: “Yo temí por un momento que había llegado la crítica, ‘Ahora sí nos va a tocar, ha llegado la crítica literaria’”. [Se ríe.] “Respondí tímidamente: –Sí señor–, y en el mismo tono me dice: –Ordena decir el sargento que escriba una carta a su novia, a la del sargento–. Entonces, me trajeron una tablilla, hojas, le pregunté al sargento cómo era la novia y comencé a tener correspondencia con ella y logré una formidable seducción, pero para el sargento”. Cuenta Rosencof que desde aquel momento, todo el cuartel desfilaba ahí, pidiéndole cartas para novias, lo que le dio una oportunidad inesperada: Cuando el sargento le agasajó con cigarrillos, él se guardaba las hojillas de fumar, y en éstas escribió treinta sonetos, los cuales envolvió en un trozo de nylon y los escondió en el dobladillo de una camiseta. Mandó la camiseta a lavar y su madre extrajo las hojillas que se conservaron y años después se publicaron bajo el título *La Margarita*. Los sonetos cuentan una historia de amor de adolescentes de barrio y recientemente han sido musicalizados por el cantante uruguayo Jaime Roos.

Desde que fue liberado en 1985, Rosencof reemprendió no sólo la escritura sino la militancia también, aunque sea en una manera diferente: como Director General del Departamento de Cultura en Montevideo, un puesto que ha ocupado por varios años. La primera obra publicada después de su liberación fue *Memorias del calabozo* (1987), una obra testimonial, en que Rosencof y su compañero, Eleuterio Fernández Huidobro, cuentan las peripecias de los trece años en prisión. Después escribe una serie de novelas, en las cuales sobresale el uso de voces diferentes que enfrentan experiencias difíciles y traumáticas, ya sea la voz de un prisionero como en *El bataraz* (1991), la de un niño en *Las cartas que no llegaron* (2000) y los cuentos de *Piedritas bajo la almohada* (2002), o la de un loco en la novela *El enviado del fuego* (2004). En las últimas dos novelas que se publicaron, *El barrio era una fiesta* (2005) y *La góndola ancló en la esquina* (2007), el uso de la voz narrativa en primera persona se convierte en una voz colectiva: la del barrio de su niñez, un elemento central en estos relatos, los cuales, sin embargo, siguen siendo caracterizados por la mezcla de lo “real” con lo “fantástico”.

Lo que hay que destacar al hablar de Rosencof como individuo es una fe aparentemente inextinguible en la dignidad del ser humano y en la fuerza del amor, la risa y de los sueños. En cuanto a Rosencof, el escritor, sobresalen un estilo hondamente personal y la búsqueda de nuevas estrategias para representar el sufrimiento humano en situaciones límites. En la entrevista que sigue, Rosencof contestará varias preguntas sobre su escritura en general y varias obras (pos-dictatoriales) en particular.

ANDREA COLVIN: Para empezar quisiera saber si usted diría que su trabajo como escritor sigue algún proyecto especial o que hay elementos que son característicos de su escritura en general.

MAURICIO ROSENCOF: Bueno, no hay un proyecto especial sino que soy un escritor de vivencias fundamentalmente. En mí priman las vivencias, la vivencia del barrio y de la gente del barrio, por ejemplo, la vivencia de mi hogar de niño con padres judíos, el hecho que hasta acá hemos llegado y la familia allá muere en Europa durante la guerra. Esas son vivencias. Vivencias son los años de clandestinidad; vivencias son los años de prisión. Están de alguna manera en *El bataraz* y también están en *Las cartas que no llegaron*. Vivencias es todo lo que tiene que ver con una experiencia personal: Sí, fundamentalmente me nutro de mis propias vivencias.

AC: En la primera obra de la que me gustaría hablar, *Memorias del calabozo*, usted y su compañero Fernández Huidobro cuentan sus experiencias durante los trece años en la cárcel, primero oralmente y después en forma escrita. Me gustaría saber si usted piensa que hay una diferencia entre el acto de contar y de escribir sobre sus memorias.

MR: Bueno, la pregunta es muy interesante, lo que ocurre es que los acontecimientos no fueron así. Te voy a contar esa parte de la historia. Nosotros estuvimos trece años presos, incomunicados, a media ración, muchas veces bebiendo nuestras propias orinas. Pero un día hubo una lucecita a través del muro y reinventamos el Morse. Estuvimos conversando durante más de diez años a golpe de nudillo. Nos contamos nuestra vida, nuestra infancia, los proyectos, planes. Y cuando salimos, salimos además con un juramento: el juramento era que si alguno de los dos salía con vida y además en condiciones, que iba a dejar constancia de los días vividos. Salimos los dos en medio de una efervescencia popular muy intensa, una manifestación formidable nos recibió. Y bueno los primeros días era la familia y reorganizar el movimiento, y de ahí nos tomamos tres días –nos autorizaron tres días los compañeros– y nos fuimos a una casita que tenían mis padres en las afueras, y con un viejo grabador y una cincuentena de cintas de casete “escribimos” de un tirón, ... conversando, grabamos cuarenta y siete casetes. Es decir que nunca escribimos, simplemente dialogamos entre nosotros dos. Y quienes han escrito fueron las compañeras que tuvieron que desgrabar ese material. Ya pasado al papel, la única cosa que tocamos fue algún problema de sintaxis, si había alguna repetición, que tuviera buena puntuación, pero no hicimos ningún trabajo de elaboración literaria. La razón era que queríamos que eso fuese un testimonio que integrara, que fuera uno de los cimientos para una gran barricada de memorias, donde no se infiltrara el olvido.

AC: *El bataraz* es un texto ficticio que, sin embargo, está claramente marcado por su testimonio personal. ¿Cómo describiría usted la relación entre sus experiencias personales y los elementos ficticios en un texto como *El bataraz*?

MR: Esa pregunta es muy interesante porque nosotros no hicimos ninguna elaboración literaria en *Memorias del Calabozo* para que la gente no sintiese que aquello podía ser toda una elaboración literaria. En cambio, *El bataraz*, que lo escribo yo solo, son las “memorias del calabozo” que se cuentan dentro de mi cabeza. Si tú lo sacas del contexto, es el diario de un loco, son las cosas que pasan dentro de la cabeza

de un individuo que, al no tolerar más la vida que le dan, hace una transferencia y aparece un gallo en el calabozo, de raza bataraz, y es a él al que él crucifica, tortura. Ahí sí hay toda una elaboración literaria a partir de una vivencia.

AC: Y ¿por qué decidió usar un gallo?

MR: Ah, ¡porque eso fue lo que me mandaron! [Se ríe.] Si me lo mandaron o no me lo mandaron, lo tiene que decidir el lector. Yo siempre envidié al que vivía al otro lado del muro porque a lo mejor a él le mandaron un perro, que es más compañero de esta vida. Mira que yo hablo con mucho humor. [Se ríe.] Cuidado con lo que digo.

AC: Otro personaje en *El bataraz* se parece a Dios o a Cristo. ¿Cómo debemos interpretar este personaje peculiar?

MR: No se parece—¡ése es Él! Con Él tenemos un “cambio de palabras”. Pero se mostró como un hombre muy sencillo, muy comprensivo; él también puso las suyas. Él también fue un derrotado, si derrotado es una palabra aplicable a una circunstancia coyuntural y transitoria.

AC: ¿Apunta la apariencia de tal personaje hacia alguna ideología o fe?

MR: Mira, ya que mencionaste a Dios y preguntas por una ideología —te voy a decir que en los evangelios, y yo sintetizo mi ideología con eso, después de los cuatro evangelios hay un libro que se llama *Hechos* que trata de los primeros cristianos, donde dicen que los primeros cristianos tenían todo en común y cada cual respiraba según sus necesidades. Esa es la formulación de mi ideología, como no he encontrado mejores formulaciones del socialismo que ésta.

AC: Una de las cosas que noté al leer sus novelas es que usted tiende a usar voces diferentes, generalmente en primera persona. Por ejemplo, la voz de un prisionero, la voz de un niño y, en *El enviado del fuego*, la voz de un loco. Muchas veces estas voces se inventan un interlocutor y hablan con alguien que no está presente. ¿Me puede explicar la función de estas voces y la importancia del interlocutor imaginario?

MR: Es porque tú y yo pensamos en primera persona, y en términos coloquiales. Primero, cuando en tu cabeza o en la mía empezamos a oír la voz de un tercero, el yo ya pasa al territorio de la psiquiatría. Pero si te detienes a pensar, cuando tú vas por la calle y discutes con tu compañero o con tu madre o con una amiga, lo hacen siempre en primera persona, ¿ves? Nosotros pensamos coloquialmente y en primera persona, nuestra cabeza funciona así. Lo demás sí es una elaboración atrabiliaria de comunicación. Nadie en su cabeza piensa en “nosotros” o en una tercera voz que le dice o que le habla o que le cuenta, no. Nosotros tenemos el pensamiento coloquial, y eso es lo que yo quiero. ¡Además uno puede ser muchas personas!

AC: ¿Cómo describiría usted la relación entre realidad y fantasía en sus obras?

MR: Bueno, eh, como la siento en la realidad. Nosotros estábamos en tales condiciones de reclusión que la vida tangible no era vivible. Entonces se vivía en territorios de la fantasía, de la imaginación, de los sueños, de la memoria. Yo pienso que no hay límites definidos como una “frontera” entre la realidad y la fantasía. Porque

creo que es una sola cosa, ni siquiera hablo de límites borrosos. Es imposible concebir la realidad sin la fantasía, sin la imaginación. Por eso, si vas a escribir la biografía de un hombre, de un gran hombre, no puedes escribirla sin hablar de sus sueños, de sus fantasías. Lo mismo pasa entre locura y cordura: tenemos pensamientos que pasarían los límites de lo que realmente se conocen como racionales; pero los límites entre la cordura y la locura también son borrosos.

AC: Sí, y eso me lleva a la obra de *El enviado del fuego*, que es diferente de los textos anteriores porque no tiene que ver con la experiencia del encarcelamiento; sin embargo, la experiencia del loco...

MR: ¡No, perdón! Ya un segundo, pero tiene el tinte de la locura. Mira, cuando a los nueve rehenes, a los nueve dirigentes del Movimiento de Liberación Nacional, nos colocan en calabozos bajo tierra, de sesenta centímetros por un metro ochenta, el objetivo que declaran públicamente los comandantes es: –Ya que no pudimos matarlos cuando cayeron, los vamos a volver locos–. Dos compañeros se enloquecieron y un tercero murió. Es decir, estábamos en un ámbito completamente fuera de lo común y sin ningún contacto con el mundo real. Ahora, en un internado como en *El enviado del fuego* también están presos. Es un régimen de prisión para los internados psiquiátricos que tienen sentimientos, que tienen razonamientos, que tienen chispa ideológica, que tienen sentido de la filosofía, de la vida, de la solidaridad, del silencio.

AC: ¿Es posible leer ese libro, *El enviado del fuego*, como un texto con un mensaje político también?

MR: Bueno, no, yo no escribo con mensajes. Si alguien lo deduce, que sea. Pero no hay una intencionalidad de mensajear. Cuando uno escribe literatura, escribe literatura, y yo transmito mis vivencias. Si llega a estar bien escrito, esas vivencias terminan siendo universales.

AC: ¿Cómo describiría usted la dirección de sus novelas más recientes, como *El barrio era una fiesta* o *La góndola ancló en la esquina* en comparación con las obras anteriores?

MR: Bueno, es un poco lo que decía al comienzo. Se supone que si alguien que está en prisión tuviera oportunidad de escribir, y en las condiciones que estábamos nosotros, ¡escribiría una tragedia! Yo, en la prisión, escribí una saga de sonetos –es una historia de adolescentes de barrios: el primer beso, la primera cita, el primer baile, el primer desencuentro; están musicalizados y son un éxito. Y bueno, en *El barrio era una fiesta* hay un combate insólito entre unos tuberculosos y la caballería de la policía metropolitana que los quiere desalojar. Ellos reclaman mejor atención, mejor comida, más medicamentos y los despiden a escupitajos. Y cuenta la historia de cómo va creciendo un barrio con asilados españoles que estuvieron en la guerra civil, con la energía y la solidaridad de un barrio, con esos manchaes mágicos que nacen y crecen por todos los terrenos baldíos. Y *La góndola ancló en la esquina* es un acto de por sí de amor al barrio donde yo nací o donde yo me crié en el periodo de la adolescencia.

Parto de la base que el enamorado adolescente no puede invitar a su novia, a su Julieta, a tomar un tranvía o a subir un bus. ¡No! ¡Tienen que andar en góndolas! Entonces, claro, ahí se mezcla realidad y fantasía que desde el punto de vista mío es solo uno. Digamos, esa góndola es real, las historias son reales, los encuentros en la escuela con el “Fantasma de la Ópera” son tan reales como la dueña de la heladería que es amante, siendo casada, del peluquero de la peluquería Nuevo Parque.

AC: Ahora tengo una pregunta general: ¿cómo se ubica dentro de la narrativa uruguaya o latinoamericana en general? Y ¿quiénes son las figuras literarias que han tenido mayor influencia en su escritura?

MR: Bueno, yo en el plano general no me ubico. Hay los que se ocupan de ubicarme, esa no es tarea mía, así que no me detengo a pensar en eso. A mí me han influido, en primer lugar, la lectura de los escritores uruguayos, Horacio Quiroga, por ejemplo. Me han influido muchísimo autores de teatro como Florencio Sánchez, y después viene el cúmulo de lecturas que se van universalizando, desde Quiroga hasta uno de los más grandes cuentistas de todos los tiempos, que además es un maestro, Chejov. Digamos, Quiroga es un hombre que te explica en un decálogo del buen cuentista que si tienes que decir que una suave brisa sopla desde el río, no hay mejores palabras que “una suave brisa sopla desde el río”. Yo practiqué una cosa que me pareció fascinante. Quería estudiar la técnica de Horacio Quiroga y desmontaba sus cuentos, descubría su técnica, el esqueleto, claro, ¡todo el mundo puede hacer eso! Ahora, él tenía dentro una intensidad que rodeaba el esqueleto que te hacía olvidar que eso tenía esqueleto, que es lo que hay que lograr cuando uno escribe, que no se detengan y vean la técnica, sino que uno pueda llegar en una manera al cerebro y al corazón de la gente, que se comunica con nosotros a través de la lectura de nuestro arte.

AC: ¿Hay alguna obra suya que esté particularmente influenciada por otras obras?

MR: Te diría que no, digamos, volviendo a Horacio Quiroga, recomienda que no tengas el temor de sentirte identificado con un autor. Intégralo de tal manera que cuando escribas se te olvide de que ese autor existió. Yo tengo integrado lo que leí de la literatura universal. Es imposible no hacer una lista de autores que nos han tocado. Pero fundamentalmente yo me aferré a que mis vivencias son intransferibles. Yo escribo sobre mis vivencias, cómo yo las sentí y cómo los demás las sentían, porque no escribo solamente de mí, no escribo de mí, escribo de mis peripecias, pero también de las de mi madre, de mi padre, de mis compañeros, del teatro, de Pepe, de El Negro Varela, este... –no es sólo mi pensamiento.

AC: ¿Cómo piensa su práctica política en la actualidad, dado que ocupa un cargo y tiene una función “estatal” (algo bien diferente de los proyectos del pasado)? ¿Ve una continuidad entre su práctica política del pasado y la del presente? ¿Ve una relación o relaciones determinadas entre esas prácticas y su trabajo literario?

MR: Bueno, un individuo asume la militancia para toda la vida. Digamos, para mí, la militancia no es un esfuerzo, no es un sacrificio, sino que es un modo de vida y

un acto de alegría. El camino de la militancia para lograr, como decía José Artigas, fundador de nuestra nacionalidad, que los más infelices sean los más privilegiados, ese camino es un camino ancho, lleno de encrucijadas, lleno de dificultades, donde podrás acelerar, donde podrás avanzar, donde tendrás que detenerte, donde verás como caen en tu camino compañeros, donde en determinado momento te detienen para hacer un alto y hacer una prisión; pero el camino es permanente, es una constante. En ese recorrido está la clandestinidad, la resistencia, la lucha armada, el parlamentarismo, la política, la lectura de la formación, el dolor, la alegría, la botella de vino y la lata de orín que era nuestra única agua cuando estuvimos bajo tierra durante trece años en prisión. La cuestión fundamental es que estando como estamos hoy, en una instancia donde podemos ejecutar las cuestiones por las que hemos venido peleando siempre, enunciando siempre, formulando siempre, aunque no siempre estructurando a nivel de proyecto, es para nosotros la oportunidad de demostrar que todas nuestras luchas se justifican por los hechos, no por los hechos de la lucha, sino por este específico hecho de la lucha, que es concretar las aspiraciones para que la gente viva mejor. En última instancia, nosotros recogemos lo que dice en *Hechos* de los primeros cristianos después de los evangelios, donde decían que los primeros cristianos tenían todo en común y cada cual retiraba según sus necesidades. Pero en este momento la ley fundamental del socialismo de nuestro país es lograr que la gente llegue a fin de mes. Es decir, que la responsabilidad política eventual que me ha tocado al frente de Cultura, por ejemplo, en la Dirección de Cultura –como me hubiera podido dedicar en otros frentes que también me propusieron, pero finalmente se optó por éste– hubiese sido con el mismo espíritu, y el espíritu es este que más o menos le estoy anunciando con Artigas y con los evangelios: la tarea ardua. La tarea es difícil y uno se encuentra como siempre a lo largo de ese trayecto de la militancia con dificultades insospechadas. Por ejemplo, aún no tenía intuición y noticias del peso y la fuerza que tenía la burocracia solidificada y estructurada. Digamos, la gente con el tiempo y de alguna manera se ha ido adhiriendo y creando sin proponérselo corporaciones donde ven sus objetivos y no los objetivos nacionales. Digamos, discutir en estos momentos, impuestos más o impuestos menos, es olvidarse que los impuestos posibilitan que se haya multiplicado el número de gente que tiene acceso a la salud, que haya gente que durante decenas de años han tenido problemas en la vista que no han podido ser tratados por lo caro que salían, y ahora hay una clínica de ojos, sin cargo; que el año próximo todos los niños pobres de Montevideo puedan tener una laptop en su casa. Hemos logrado que bajara el índice de desocupación que en este país llegó a los veintidós y ahora estamos en el siete por ciento, somos un país pequeño. Entonces, yo me siento militando en este frente, haciendo lo que aprendí a hacer desde la adolescencia cuando empecé a militar, y es que si no es con los compañeros, con un buen equipo, no podés desarrollar ninguna actividad; y hoy tengo un equipo que estando yo hoy acá, en avanzado estado de descomposición por razones de salud, yo sé que con llamadas telefónicas para

intercambiar ideas o dar algún lineamiento, ellos son un equipo formidable y funcional. ¿Por qué? Porque como lo dice un personaje en una novela mía, “Uno no es lo que está de la piel hacia adentro, sino que uno es uno y todos los demás, su mujer, sus hijos, su perro, sus compañeros, su barrio, su nación, su humanidad”. Es decir, lo que uno haga no está aislado, no es independiente. Entonces la burocracia ha atendido a eso, entonces los proyectos se dificultan, se golpea contra eso, hay que hacer un trabajo de reeducación, pero también hay que actuar con firmeza; hay dificultades muy grandes en esa materia, y yo te diría que el partido más poderoso que hay en este país –si se presentara en las elecciones, ganaría sin lugar a duda– es el de la burocracia. Acá se ha desarrollado un aparato del Estado que ha sustituido la falta de trabajo por el ingreso a la función pública de gente por cuota, por afinidad partidaria de los distintos partidos que han pasado por el gobierno. Digamos, yo constato esto, no con espíritu crítico, sino con espíritu de observación objetiva. Es decir, que además de la tarea que teníamos planteada para desarrollar, tenemos que desarrollar esta tarea de reeducación, y también de lucha, como el proverbio español: “A Dios rogando, y con el mazo dando”, porque también hay situaciones donde si a Montevideo la dejan sin recoger la basura, eso provoca una infección, y eso no es posible. Entonces, hay que tomar medidas para que eso se ejecute. No se puede dejar a Montevideo sin policías, no se puede bajar la llave de la luz y dejar a Montevideo a oscuras porque entonces los hospitales ya no pueden operar, por ejemplo. Entonces, quiere decir que el acto de gobernar también es un acto de ideología, de sabiduría, de tolerancia, de institucionalización, pero también es de firmeza. Nosotros tenemos “resistencia”, algunas palabras que nos vienen de nuestros tiempos... Bueno, nosotros tenemos que saber también que en algún momento hay que actuar con la firmeza necesaria como para que los servicios esenciales no dejen de producirse. En cuanto a la tarea específica que desarrollo en este frente en particular, la gran preocupación es crear un entramado entre las grandes figuras y las grandes instituciones culturales de nuestro país y los sectores más desguarnecidos. Nosotros estamos haciendo un trabajo barrial muy profundo, hemos levantado lo que podríamos llamar el Palacio de la Cultura, son casas recicladas, pintadas por los vecinos, con instrucción para teatro, para murga, para canciones, para coros de tercera edad, para grupos de murga de niños, y eso está floreciendo. Los barrios de Montevideo en este momento cantan. Ahí los escritores de primera línea, los músicos de primera línea, los pintores de primera línea, van como profesores a los asentamientos de los barrios más humildes, y a veces trae como consecuencia que salen discos con los “Cantores del Cerrito”, los “Cantores de la Teja”, y se oyen las voces de los barrios en los discos; o salen libros, como los que han sacado. A tal punto se han magnificado que tenemos quinientos espacios esquineros, los llamamos así, “Esquina de la Cultura”, y eso trae como consecuencia que los hemos convocado y hemos llenado las planadas de la municipalidad, porque allá son miles y se anotan y vienen, y hemos tenido que crear una escuela de formación de gestores esquineros digamos, que aprenden durante seis

meses sin cargo, todo lo que tiene que ver con música, los elementos básicos para formar una voz, una murga, o un grupo de rock, o un grupo de teatro, etcétera. Además los llevamos al Solís. El Solís es un gran templo de la cultura conocido en toda América Latina porque es un teatro formidable, excepcional, y hacemos espectáculos para que la gente de los barrios vaya. Es un espectáculo insólito ver bajar a la gente de los barrios para ver una ópera. Bajan en la puerta de ese templo, como si bajaran en La Scala de Milán, que es como el Solís, pero un poquito más grande, nada más. Entonces descubren lo que es el teatro y un espectáculo, pero además la filarmónica y la comedia nacional que son los puntos más altos dentro de nuestra administración de nivel técnico, artístico... la banda sinfónica recorre cincuenta o sesenta lugares en la filarmónica de Montevideo, actúa en todos los parques, en todos los barrios; es decir, hacemos una metástasis cultural por todas partes. Pero junto con eso hay otros tipos de proyectos, ahora queremos reabrir o abrir en los barrios una red de cinco teatros para que tengan escenario donde actuar, además tenemos los museos, además tenemos un proyecto que se llama "Huertas" y es de acuerdo con la enseñanza primaria, y lo hemos logrado convertir "la huerta" en materia curricular. Es decir, la militancia en los barrios también es un acto de alegría y de color porque ahora estamos abriendo el Bazar de las Culturas en la 18 de Julio, la Avenida Principal, que va a ser fantástico. De la misma manera que si tú fuiste a visitar, habrás notado que el Museo de la Memoria que recuerda la noche más larga y más angustiosa que vivió este país, son referentes de la memoria pero también hay oxígeno, hay aire, hay para saber, hay para aprender, hay para sentir, pero también ahí vamos a tener grupos de teatro para niños, ahí también vamos a tener paseos para los novios, y hacer todo lo que tú viste y que podés contar sin que yo te lo agregue en este momento. En fin, lo de las huertas tiene el mismo efecto del Plan Ceibal de la laptop para el niño que se la lleva a la casa. Es que la huerta tiene para nosotros un significado muy importante porque nuestros padres o nuestros abuelos trajeron de Europa la cultura del hambre; es decir, que si tenían un pedacito de terreno, plantaban un cebollín, plantaban una papa, plantaban este... junto con las flores, digamos, la alimentación y la alegría. Al fin de cuentas nosotros seguimos fieles al principio de que tenemos que ir a la conquista del cielo donde haya pan y rosas para todos. Como alguien decía, si tu socialismo no baila, no quiero tu socialismo.